

**Seminario Internacional  
REPENSAR LO SOCIAL EN TIEMPOS DE CRISIS**

**Conclusiones del módulo I  
PROTECCIÓN SOCIAL EN TIEMPOS DE CRISIS: UNA PERSPECTIVA PARA  
PAÍSES CON ALTA DESIGUALDAD**

**Ana Sojo,  
División de Desarrollo Social de la CEPAL**

Un personaje de Borges, Funes el memorioso, necesitaba 24 horas para contar lo acontecido en un día. A tan escasos momentos de haberse concluido este módulo y so pena de traicionar la riqueza de la discusión, debido a la seriedad y a la densidad de las exposiciones y de los comentarios, sintetizar nuestro intercambio de ideas tiene como riesgo tener que narrarlo como aquel personaje literario.

He optado entonces más bien por traicionar lo que ahora me tocaría hacer. Es decir, no haré unas conclusiones en sentido estricto, sino que insertaré algunas de las ideas hoy discutidas dentro de una perspectiva estratégica, con un cierto acento político, nutrido por lecturas de Zygmunt Bauman y de Giacomo Marramao. De allí la advertencia, para que no se sorprendan, de que están ausentes muchos de los asuntos discutidos o, por el contrario, están presentes giros que –al menos de manera explícita– no se formularon en nuestras conversaciones pero que, creo, son fieles a ellas.

Estamos a bordo de un abarrotado barco planetario, en el cual la brújula o la dirección del timón no siempre parecen fiables. Y muchas veces carecemos de herramientas que puedan elevar nuestro debate y la fortaleza de nuestros sistemas políticos hasta el nivel en que las acciones lo demandan.

Muchos de los miedos de la época actual, tan carente de certezas, garantías y seguridad, están envueltos por el temor a la exclusión. Por el temor a quedar fuera cuando los vínculos sociales y los cimientos de la acción solidaria parecen lapidarse. Y ello es determinante en tiempos de crisis, ya que los colapsos financieros y sus shocks sociales no tienen efectos simétricos y hacen emerger vulnerabilidades de ingreso, étnicas y específicas de las mujeres.

Como nunca antes, la crisis global ha demostrado que el planeta que habitamos está construido sobre una profusa red de interdependencias, con densas influencias e interacciones. Las contingencias resultantes de las acciones y sus efectos globales llaman a una cautela sin precedentes, y a una inmensa capacidad de predicción con la que no se cuenta. El calentamiento global y la crisis económica global han mostrado, con una magnitud sin precedentes, la falta de cautela. La crisis económica es el iceberg mediante el cual se transparentan otras crisis y que acarrea nuevas urgencias. A contrapelo de la codicia y de la falta de cautela y en un horizonte consistente con una perspectiva de derechos, ellas llaman ahora la atención sobre la urgencia de dar un sustento ético político a políticas contracíclicas y de proteger el gasto social. Perspectiva que –como muestra el caso colombiano– tiene aristas muy complejas en las garantías que la ejecución de la reforma ha incumplido y en aquellos reclamos que no han podido resolverse dentro de procedimientos administrativos y que conjuntamente originan una judicialización de los derechos.

La globalización ha abierto oportunidades para el desarrollo pero, al mismo tiempo, ha generado nuevas perturbaciones de carácter comercial, y especialmente financieras. Acarrea riesgos de exclusión para los países rezagados si estos no pueden encarar exitosamente las fuertes demandas de competitividad propias del mundo contemporáneo, o de acentuación de la heterogeneidad estructural entre los sectores sociales y las localidades de los países conforme a su singular inserción en la economía mundial, que puede verse redoblada con la crisis económica global, si las políticas públicas no cuentan con los recursos necesarios y deben sucumbir a lo inmediato. La globalización ha debilitado distinciones de base territorial y ha creado espacios situados por encima de los Estados nación, y de sus capacidades supervisoras y equilibradoras.

Los efectos de una economía globalizada no han tenido su correlato en una mundialización de los instrumentos con los cuales enfrentar la crisis y, por ende, las políticas públicas actualmente en algunas dimensiones acusan una cierta impotencia, o bien evidencian un rezago de las reacciones para atacar sus efectos inmediatos que en último término atenúa o compromete su eficacia, o muestran una dificultad para poder avanzar respecto de las causas estructurales de muchos problemas que –aunque son puestos ahora de manera descarnada sobre el tapete por la crisis- claramente la precedían. Se hace necesario también poder conservar en el horizonte el momento de la recuperación y de cómo en aquel momento los países podrán hacerse cargo de los efectos de las medidas que hoy se tomen, por ejemplo recurriendo a un endeudamiento prudente en términos macroeconómicos. Nuestra discusión ha abordado muchos de los elementos que precedían a la crisis y que hoy se vuelven más acuciantes para enfrentarla, entre ellos, el fortalecimiento de la protección social, las hondas modificaciones fiscales, las reformas institucionales de los sistemas de protección social.

Nuestra discusión ha hecho emerger la necesidad de repensar el Estado ante la crisis, tanto en su quehacer como en la institucionalidad que se requiere, cómo lograr que el adelgazamiento de recursos debido a la caída de los recursos fiscales y contributivos no lleve a una crisis del Estado. La crisis es un momento para pensar con profundidad sobre muchos conceptos como la propia riqueza, el concepto de crecimiento y actuar en consecuencia.

La actual etapa del desarrollo de la humanidad está marcada por grandes incertidumbres, y por la ignorancia respecto de cómo muchas de ellas deben enfrentarse. Algunas incertidumbres y riesgos amenazan el cuerpo y las propiedades de las personas; pensemos en los riesgos que encaran los habitantes de México en la difícil lucha emprendida contra el narcotráfico. Otros riesgos amenazan la duración y la fiabilidad del orden social del que depende la seguridad del empleo y de los ingresos, o la supervivencia en la invalidez y la vejez, y atañen a la protección social. Otros peligros amenazan el lugar de la persona en el mundo: por ejemplo, su posición en la jerarquía social, su identidad en términos de clase, de género, étnica o religiosa. Otros, amenazan la inmunidad de las personas a la degradación y la exclusión social.

¿Cómo, entonces, superar el “retraso moral” de la región ante los actuales desafíos?. ¿Cómo –respondiendo a nuestra esencia humana- reconstruir la esperanza en el futuro?. ¿Cómo abrir posibilidades de inclusión social, para que la gente pueda “sentirse como en casa”, a pesar de los inciertos espacios circundantes?

Solo la continuidad del trabajo cotidiano comedido, cauteloso, respetuoso y parsimonioso es la que permite construir de manera permanente un **nosotros** en democracia. Tenemos que estar alerta. Por ejemplo, para recuperar la eficacia de las discusión parlamentaria, la eficacia en la creación de la ley, y en su ejecución. Tenemos que estar alertas ante los poderes fácticos que minan la democracia. Solo mejorando la calidad de la democracia podrá consolidarse el espacio público como un lugar de participación, de diálogo, de debate, de confrontación y de acuerdo. Un espacio público además conciente de las interdependencias planetarias, que supone considerar el complejo tejido de interdependencias e interacciones globales.

Al ciudadano que experimenta angustia e incertidumbre no le queda ningún refugio seguro o un lugar al cual huir fácilmente en nuestro ancho y angosto mundo, si la política pública no se hace cargo de la protección social. Pero las respuestas diferenciadas, en cada país, solo pueden estar en nuestras manos.

La sociedad democrática aunque no es una sociedad homogénea, tampoco es una federación de tribus, y requiere basarse en valores comunes y consensuados. El ejercicio de las libertades y los derechos es el mejor de ellos. Siguiendo a Bobbio, el reto de la justicia social debe lograrse en el marco de una democracia exigente, que busca una relación armoniosa entre libertad e igualdad.

Ciertamente el globo ya no está en manos de los cartógrafos, de los geógrafos y de los marinos. Nuestro abarrotado barco planetario, requiere afinar la brújula, requiere talante de diálogo entre su heterogénea tripulación.

Dada la magnitud de los desafíos, la libertad de búsqueda posiblemente estará envuelta en la bruma de la incertidumbre, y en la libertad de la navegación atenta a las distintas y cambiantes constelaciones en el cielo.

En cuanto a constelaciones en el cielo pensemos, por ejemplo, en el permanente seguimiento de las variables económicas y sociales al cual la crisis ahora nos obliga.

La esperanza y la oportunidad de alcanzar un equilibrio aceptable entre libertad y seguridad –dos condiciones sine qua non de la sociedad humana- deben situarse en el corazón de esa navegación. En América Latina y el Caribe, sin pactos fiscales, sin pactos sociales, no será viable esa navegación. Y debemos hacer un ingente esfuerzo para que nuestras discusiones y propuestas en proceso de elaboración sean útiles para el logro de estos pactos.